

ESBOZO PRELIMINAR PARA UN ESTUDIO DE LAS IDEAS HISTÓRICAS EN LA GENERACIÓN DEL '30*

MONELISA LINA PÉREZ-MARCHAND**

Se nos ha invitado a presentar en este breve trabajo las ideas en nuestra generación del '30. Varios asuntos surgen de inmediato a nuestra atención, entre otros: ¿De qué ideas debemos ocuparnos? ¿Quiénes constituyen esta generación? ¿Por qué nos interesa estudiarla? ¿Qué empresa comprende? ¿Qué pretende comunicar a las generaciones posteriores? ¿Hasta qué punto llena su cometido?, etc.

Como quiera que hacer un estudio a fondo de esta generación sería tarea imposible de realizar dentro de los límites de tiempo y espacio que disponemos en esta ocasión, no entraremos a considerar la validez o invalidez de la teoría de las generaciones. Sobre esto se han oído voces más autorizadas que la nuestra, y se ha escrito prolijamente, creo que en todos los idiomas literarios.

Tampoco haremos un catálogo de los escritores que constituyen lo que aquí nos ocupa. Esto ha sido hecho ya —y con sobrada competencia— por los historiadores y críticos de nuestra literatura.¹

Nos parece responder mejor a lo que creemos se espera de nosotros en tan apretadas circunstancias, si circunscribimos nuestro esfuerzo a auscultar las posibles proyecciones de ciertos conceptos de la visión del hombre y del mundo que manifestó aquella generación puertorriqueña de 1930, que ha sido llamada *generación Índice*.

Advertimos que bajo esta denominación no incluimos sólo a aquellos escritores directamente responsables de la *Revista Índice*,² o los que en alguna forma sintieron su impacto, sino también a quienes, aunque un poco anteriores o posteriores en el tiempo, manifestaron una visión de mundo coincidente con la del grupo mencionado.

* Este trabajo es un anticipo de un estudio que sobre este tema tiene en preparación la autora.

** Profesora del Departamento de Filosofía de la Universidad de Puerto Rico.

¹ Consúltese: Arce de Vázquez, Margot; Babín, María Teresa; Cabrera, F. Manrique; Laguerre, Enrique; Meléndez, Concha; Rivera de Alvarez, Josefina; Robles de Cardona, Mariana; Rosa-Nieves, Cesáreo; Sáez, Antonia, etc.

² Mensuario literario publicado entre las fechas de 31 de abril de 1929 y 13 de julio de 1931. Constituían su redacción: Antonio S. Pedreira, A. Collado Martell, Vicente Géigel Polanco, Samuel R. Quiñones. Más tarde también Margot Arce entró a formar parte de la revista.

Nos tomamos esta libertad por estimar personalmente que los dos breves años de vida de la *Revista Indice* recogen, quintaesenciado, el pensamiento y el sentir preponderante en la generación del '30.

Nos ocuparemos, pues, de aquellas ideas que consideremos puedan constituir el substrato básico en el que se apoya y orienta su visión de hombre y mundo históricos.

Si este es el caso, lo lógico es que recurramos al estudio de aquellas obras en las cuales tradicionalmente suele hacerse la exposición de este tipo de ideas: los tratados filosóficos, los ensayos de interpretación filosófica hechos a tales fines, también los tratados sobre teoría de la historia.

Desgraciadamente, tan pronto intentamos este enfoque, tenemos que abandonarlo, pues entre nosotros, hasta ahora, ni se ha cultivado sistemáticamente la tarea filosófica, ni se han formulado de modo riguroso aquellos problemas que se consideran representativos de la filosofía—salvo en contados casos.³ Tampoco se han escrito tratados sobre teoría de la historia y sus problemas.

Quizá porque esté talmente hecha a la medida del hombre, la tierra de Puerto Rico parece fallar en producir en sus moradores la sacudida anímica necesaria para provocar aquellas experiencias que propician el ánimo filosófico: el sobrecogimiento y el asombro. Ya ha indicado muy perspicazmente Margot Arce en su obra *Impresiones*, que nuestra geografía, "blanda" y "femenina", no anima a la reflexión filosófica, sino a la estética. "Difíciles son en Puerto Rico", nos dice, "la mística y la filosofía; lo telúrico tira de nosotros y quiere vencer lo espiritual".⁴

La verdad es que, cierta o no esta "impresión", hasta ahora no nos hemos distinguido ni como filósofos, ni como teóricos de la historia. Y no es difícil oír a menudo como respuesta a la pregunta:

³ La filosofía en Puerto Rico ha sido principalmente cultivada por profesores universitarios, ya en el ejercicio del magisterio, o al margen de éste, en tareas germanas al mismo. Entre estos puertorriqueños que la han cultivado debemos mencionar al Dr. Juan B. Soto, Dr. José A. Fránquiz, Dr. Angel Mergal, Profesor Domingo Marreto, Dr. José Lázaro, Dr. Florencio Sáez, Profesor Emilio González y la que escribe. Entre todos son realmente el Dr. Soto y el Dr. José A. Fránquiz los que enriquecieron nuestra literatura filosófica en el período de la generación del '30, aunque el Dr. Soto no pertenece a la misma, por ser anterior.

En años posteriores se han sumado a esta tarea intelectual en la Universidad de Puerto Rico distinguidos profesores extranjeros.

⁴ Arce de Vázquez, Margot: *Impresiones* (San Juan, Editorial Yareel, 1950), p. 28.

No debe pensarse que esta manifestación responde a una visión de determinismo geográfico. Lejos de la intención de la autora de *Impresiones*, tanto como de la que escribe este trabajo, está el sostener esa tesis. Lo que se hace aquí es sugerir que tal vez la naturaleza de nuestra geografía sea *uno* entre otros variados factores que constituyen y condicionan el medio ambiente del puertorriqueño, que podría ayudar a dar razón de la ausencia de la reflexión filosófica en Puerto Rico. Desde luego, falta estudiar el problema a fondo.

"¿Filosofía en Puerto Rico?" —¡Pero si este es sólo un pueblo de políticos y literatos!

¡Cuántas veces hemos oído esa exclamación! Con ella se quiere implicar que somos un pueblo de imaginativos indisciplinados. A nosotros no nos causa sorpresa esta reacción, dado el prejuicio que conocemos tan generalizado, en el sentido de que sólo hay sustancia filosófica en los tratados de filosofía.

Por otra parte, esta reacción nos recuerda a la que siguió inmediatamente a la encuesta que sobre el lugar de la filosofía en España se hiciera en ese mismo país en el siglo XIX.

Es que España trasladó a sus colonias las bondades y limitaciones de sus propios prejuicios culturales. Y uno de éstos era precisamente que la filosofía constituye una disciplina ancilar a la vida política, la reforma social, etc.

No hay que olvidar además, que por razones varias que en este momento no cabe detallar, quizá nuestro mundo insular estuvo más sujeto al principio de la autoridad metropolítica que los otros pueblos americanos, en todos los órdenes: político, social, económico, mental, espiritual, etc.

Pero volvamos específicamente a lo nuestro. El hecho de que lo que *principalmente* se produce en nuestro medio ambiente sea la expresión política y estética, ¿significará acaso que tendremos que renunciar totalmente a la búsqueda de pensamiento filosófico entre nosotros, como tan a menudo se ha supuesto?

No, por cierto. Filosofar significa investigar, reflexionar sobre todas las cosas que constituyen el ámbito vital, intelectual y espiritual del hombre. Sobre todo, reflexionar sobre ese particular ámbito humano que constituye el hombre mismo y todas sus creaciones—incluyendo, desde luego, la expresión política y la expresión estética o estilizante—para alcanzar el sentido pleno de su existencia y de su puesto en el universo histórico.

Por eso creemos que aun cuando no sea lógico esperar la existencia de un pensamiento de contenido filosófico sistemático allí donde no ha habido previamente una tradición al efecto—como ocurre en nuestro país—, no es ilógico, sin embargo, conjeturar sobre la posible presencia de una problemática, unas ideas, e inclusive una visión del hombre y mundo filosóficas.⁵

Así pues, aun cuando no hay duda de que nos encontramos pillados en una difícil situación cuando se trata de señalar cuál ha sido la trayectoria filosófica del hombre puertorriqueño, sin embargo, no

⁵ Desde luego, se deberá partir de esta presunción con el solo propósito de usarla como hipótesis sobre la cual trabajar, no como tesis probada.

estamos impedidos de intentar por lo menos auscultar su pulso. Para ello podemos recurrir al estudio de la historia de las ideas.

A base de los trabajos realizados en este campo de investigación filosófica se ha podido descubrir que las ideas no llevan necesariamente la impronta de las características culturales del individuo o pueblo que las maneja. Pero también a través de esos mismos estudios se ha podido comprobar que en ese "manejo" de las ideas se perfilan "tensiones" y "matices" de las mismas que son indiscutiblemente reveladores del clima filosófico—o de la ausencia de éste—en el medio ambiente en que se manifiestan.

Son precisamente esas tensiones y esos matices los que de modo gradual develan al investigador el itinerario filosófico del hombre que los expresa.

Ahora bien, ocurre que, tanto en el caso del escritor puertorriqueño, como en el del escritor iberoamericano en general, ha podido comprobarse que en efecto, hay una manifiesta tendencia a expresarse más plena y satisfactoriamente a través de la creación estética, que a través de cualquier otra.

Pero, ¿por qué levantar esto como reparo? ¿Es que no se considera la expresión estética como una manifestación filosófica válida? ¿Acaso no la consideramos capaz de revelarnos siquiera algo sobre el hombre que la crea? ¿Negaríamos que tal vez pueda ayudar a develar el itinerario anímico del hombre que la produce? ¿Dudamos—*a priori*—que el estudio de su nomenclatura pueda develar al estudioso de estas cuestiones una subestructura ontológica, sin concederle siquiera el privilegio de la investigación? Si este es el caso, desde luego, no hay más que decir, pues no tendríamos modo de develar el itinerario filosófico del pueblo puertorriqueño, como tampoco el de tantos otros que, como el nuestro, no han hecho filosofía sistemáticamente.

Pero no compartimos esta actitud negativa. Por el contrario, creemos que lo que hay que hacer es reconocer llana y abiertamente algo que varios estudiosos de este tema—José Gaos; Leopoldo Zea; Francisco Larroyo; Medardo Vitier, etc., entre otros—vienen repitiendo hace tiempo: que la expresión estética constiuye la *forma de filosofar* americana. Y reconocido esto, sólo nos resta realizar nuestras investigaciones tomando en consideración esta peculiaridad de nuestro pensamiento.

Coincidimos con el ilustre historiador de la filosofía mexicana Samuel Ramos en sostener que

buscar un sentido filosófico en obras que no pertenecen al dominio especial de la filosofía, como el mito, la religión, la ciencia, el arte, la

educación, etc., es una actitud que está plenamente justificada por el hecho de que cuando esas actividades nacen de una profunda necesidad espiritual de la sociedad, implican una concepción de la vida y del mundo, aun cuando ésta no sea explícitamente formulada.⁶

Por otra parte, forzados a reconocer los límites de espacio y tiempo que nos presionan, circunscribiremos este trabajo a un rápido sondeo de las ideas históricas de la generación del '30, para ver si podemos captar la visión de hombre y mundo que ésta tenía.

Porque creemos que representa —si no el primer esfuerzo en el tiempo por lograr la vertebración de la conciencia puertorriqueña, por lo menos el primero más articulado y sostenidamente consciente en que toda una generación convierte al puertorriqueño en objeto de su propia meditación.⁷

Desde luego, esta generación no surge de la nada, por un golpe de varita mágica. Se apoya en el suelo afirmado ya por escritores individuales que la precedieron, y que se ocuparon también de analizar y de revalorar el haber cultural del hombre puertorriqueño. Entre otros: Manuel Alonso, Eugenio María de Hostos, José de Diego, Nemesio R. Canales, Félix Matos Bernier, etc., sentaron ya las bases para este movimiento de revisión histórica que había de volver a animar la generación del '30.

Concha Meléndez la ha definido como:

la generación que mira dos costas en su mar y se pregunta lo que ha de perder en la que deja atrás y lo que puede esperar de la que tiene delante.⁸

Nos interesa esta generación, porque es obvio que decididamente orienta su tarea hacia el propósito de descubrir la esencia de lo puer-

⁶ Ramos, Samuel: *Historia de la filosofía en México*. México: Imprenta Universitaria, 1943, p. VIII.

⁷ Véase: "El ensayo en la generación del '30". Mariana R. de Cardona. *Literatura puertorriqueña. Veintiuna conferencias*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1960.

La lucha por recoger y canalizar por vías de puertorriqueñidad el ritmo vital que nos define es, a mi juicio, el denominador común que relaciona en propósito, espíritu y actitud las variadas manifestaciones de nuestro ensayo, particularmente a partir de los treinta. p. 339.

⁸ Meléndez, Concha: *Literatura puertorriqueña. Veintiuna conferencias*. Véase nota 7 ante.

torriqueño.⁹ Constituye, por tanto, la primera generación nuestra que —como tal— comprende que no es sensato continuar imponiendo en nuestro ámbito histórico unas ideas o unos modos de vida que nos son ajenos.

A este propósito dice Vicente Géigel Polanco que:

Si se pretende sustituir por módulos extraños a nuestra idiosincracia el estilo de vida que nos traza la naturaleza de nuestro espíritu, nos embargará siempre una angustiada sensación de vacío y jamás logrará el alma colectiva madurez de expresión.¹⁰

Comprende esta generación, sin embargo, que algunos de esos elementos ideológicos podrían dejar de sernos ajenos si antes de imponérsenos —y no después, como querría la mentalidad colonialista— se les buscara nuevos matices y se adaptaran a nuestra vida de pueblo cultivado, con derecho a manifestar y a afirmar su propio perfil cultural. Acepta esta generación que nos hemos hecho eco de ideas europeas y norteamericanas, ¿cómo no hacerlo?, pero señala que en nuestro modo de recibirlas y adaptarlas podemos descubrir y manifestar nuestro particular modo de ser.

Convencida de esto, la generación del '30 lucha a su vez por convencer al hombre puertorriqueño para que abandone todo esfuerzo por convertirse en europeo o en norteamericano —pues entiende que a lo sumo sólo llegará a ser un europeo o un norteamericano desterrado— para dirigir su esfuerzo hacia la formación de una sociedad nueva, la puertorriqueña. Escuchemos a Pedreira:

Atentos a la dimensión española y a la norteamericana hemos olvidado buscar la tercera dimensión que es la nuestra, la puertorriqueña, la única que obliga a una ordenación y selección de los elementos de ayer y de hoy que nos convenga guardar para mañana. Al manipular ambas culturas no podemos ni debemos vivir de espaldas a las derivaciones naturalizadas que forman el bosquejo de nuestra personalidad. ¡La historia —ha dicho Spengler— es el acontecimiento actual disparado hacia el futuro y con la vista vuelta al pasado! Hay, pues, que conjugar sin servilismo la evocación con el que hacer diario, para dar un sentido netamente puertorriqueño al porvenir.¹¹

⁹ Véase: Robles de Cardona, Mariana: *Búsqueda y plasmación de nuestra personalidad* (San Juan: Editorial Club de la Prensa, 1958).

¹⁰ Géigel Polanco, Vicente: *El despertar de un pueblo* (San Juan. Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1942), p. 58.

¹¹ Pedreira, Antonio S.: *Insularismo* (San Juan. Biblioteca de Autores Puertorriqueños. Segunda Edición, 1941), p. 209-210.

Este despertar de la conciencia nacional que ocurre en Puerto Rico en la generación del '30, desde luego, no es insólito en el orbe iberoamericano. Tampoco ocurre muchísimo más tardíamente que en aquél. Pues, a pesar de que las naciones que se constituyen en repúblicas lograron la libertad política de España y se convirtieron en repúblicas libres —mientras Puerto Rico quedaba irredenta—, sin embargo, aquéllas no alcanzaron la independencia espiritual que debía aparejar la independencia política. Culturalmente hablando, continuaron como colonias europeas. Sólo en fecha reciente es que América Hispana ha intentado la emancipación mental.¹²

Nos preguntábamos, ¿por qué nos interesa esta generación? Porque vemos a través de sus obras escritas en todos los géneros literarios, pero principalmente el ensayo, que es obvio que se reconoce a sí misma en una situación diferente a la de sus antecesoras, ya que tiene conciencia de su *misión instauradora* de un nuevo orden y se manifiesta dispuesta a aceptar la responsabilidad que esa toma de conciencia de su situación conlleva.

En una conferencia dictada en 1936 en la Universidad de Puerto Rico, dice Vicente Géigel Polanco:

La reclamación de nuestro derecho clama un poco más de sinceridad, de decoro, de prohibición intelectual, de abnegación, de honradez moral, de devoción apostólica. Para hacer la patria necesitamos, en verdad, menos política, más apostolado. La instauración de la nacionalidad es obra de sacrificio.¹³

¿Y por qué le concedemos importancia a esa toma de posición?

Para aclarar esta pregunta creemos necesario situar anímicamente la generación del '30. Conviene recordar, pues, que en el momento en que así se manifestaba aquélla, hacía apenas treinta y dos años que Puerto Rico había pasado, de modo súbito y sin transición alguna —como botín de guerra— de la tutela española a la que había estado sometido durante cuatrocientos cinco años, a la tutela norteamericana. Esto había ocurrido precisamente en los momentos en que Puerto Rico acababa de ver coronada por el éxito su fe en el concepto del progreso evolutivo, al lograr tras largos forcejeos parlamentarios con España, un gobierno ampliamente autónomo.¹⁴

En aquellos momentos y a pesar de las voces de admonición de varios ilustres puertorriqueños que advirtieron la seriedad de la co-

¹² Véase: Zea, Leopoldo: *Del romanticismo al positivismo*. México, El Colegio de México, 1949.

¹³ Géigel Polanco, Vicente: *El despertar de un pueblo*, p. 41.

¹⁴ Véase Carta Autónoma de 1897.

yuntura histórica en que se encontraba Puerto Rico, el pueblo, alucinado por las alentadoras promesas de emancipación que le hizo el de norteamérica, no ofreció verdadera resistencia a la penetración que de su suelo hiciera aquélla. Tenía fe en el progreso y estaba entonces ingenuamente convencido de que la libertad y el progreso vendrían automáticamente, con la implantación del modo de vida norteamericano. Y por cerca de una generación el pueblo se entregó dócilmente al proceso de americanización. Pero no tardaría mucho, no obstante, en percatarse de que había obrado con ligereza al sobrestimar la magnanimidad del pueblo norteamericano.

Pronto se hizo evidente que el nuevo estado de cosas impuesto sobre Puerto Rico no tenía el propósito de beneficiar a éste, sino a la nación dominadora.

La imagen del mundo que el puertorriqueño anticipó que sobrevendría con la soñada libertad, jamás se concretó en realidad. Dolorosamente, los puertorriqueños debieron reconocer entonces que el cambio de soberanía ocurrido sólo había sustituido una autoridad política por otra. Sólo habían cambiado de dueño y no era el propio pueblo de Puerto Rico su dueño. La tierra había pasado a latifundistas norteamericanos; los especuladores de Wall Street determinaban su economía; su educación era dirigida por educadores que desconocían su cultura y estaban incapacitados para comprenderla, debido, entre otras cosas, a la perspectiva política desde la cual la juzgaban.

Pero lo que por encima de todo resentían los puertorriqueños era el hecho de que se les envolvía aceleradamente en un proceso de norteamericanización global impuesta sin respeto a sus propios valores culturales, a través de una filosofía educativa, un modo de vida y unas tradiciones ajenas a su ámbito espiritual. Esto despertó enérgicas denuncias y protestas. Escuchemos sobre este particular la palabra del Dr. Manuel Zeno Gandía, novelista y ensayista que, aunque perteneciente a una generación anterior a la del treinta, responde el 13 de julio de 1929 del siguiente modo, a la primera encuesta iniciada por la *Revista Indice* en torno a la identidad del pueblo puertorriqueño:

Fuimos mejores que somos. En nuestro país hay depresión. Un mal entendido positivismo parece proponerse matar en nuestro pueblo legítimas aspiraciones que abrigó siempre. Creyérase que turbios prismas para ver la vida, están corrompiéndole".¹⁵

De esta suerte, a medida que fue tomando cuerpo entre los puer-

¹⁵ Zeno Gandía, Manuel: "¿Qué somos? ¿Cómo somos?" *Revista Indice* de 13 de julio de 1929. Año I, número 4, p. 58.

torriqueños la conciencia de lo que habían perdido, fue creciendo la de que debían librar una nueva lucha para lograr la verdadera emancipación, que esta vez debía ser del espíritu. Al fin habían comprendido los puertorriqueños la distancia espiritual a la que se encontraban respecto al mundo norteamericano y su mayor vinculación con el orbe de los pueblos hispánicos al que se sentían unidos por la lengua y por el espíritu de cuatro siglos de comunes tradiciones culturales.

Así pues, superado el desconcierto y el trauma de los primeros tiempos, los puertorriqueños comenzaron a escuchar el llamado de los espíritus viriles que una y otra vez alzaron la voz para advertir el peligro. Y fue entonces que verdaderamente se inició de modo sistemático por toda una generación de escritores, el sondeo de las propias raíces culturales. Se destacó singularmente entre éstos, la figura de Antonio S. Pedreira. Oigámosle en *Insularismo*:

Yo invito a los capaces a formar el catálogo de nuestras maneras puertorriqueñas; a buscar las huellas digitales del alma colectiva, para hacerlas más claras y perfectas. El paso previo es dar audiencia a nuestros pecados y defectos y preparar el curso de las obligaciones al través de firmes propósitos de enmienda. Para ello hay que estrangular la tentación personal que convierte a la patria en hostería y empujar hacia el frente a un escuadrón de honradas convicciones, a prueba de ofrecimientos tortuosos.¹⁶

Aunque reducidos casi al mínimo de la caricatura, confiamos que estos brevísimos apuntes últimos sobre el viático histórico de Puerto Rico ofrecidos hasta aquí, sean suficientes para que el lector se haga cargo de cuán angustiosos fueron aquellos momentos para "esta juventud atontada ante el vocerío de las costas opuestas", como dice Pedreira;¹⁷ para aquellos hombres que luchaban por lograr que el país saliera del aturdimiento en que se encontraba y recobrar su equilibrio espiritual, principalmente amenazado por la política educativa bilingüista. Esta imponía, no meramente el aprendizaje forzoso del inglés como segunda lengua, lo que estimaban válida y conveniente, sino la enseñanza obligatoria de todas las asignaturas en inglés. Cosa que, según Pedreira: "tortura el aprendizaje de las materias y desquicia el ánimo del alumno".¹⁸ Y lo que es peor, da ocasión de que la

misteriosa levadura con que el idioma vernáculo hace fermentar diariamente el espíritu del niño, no cumple su misión: nuestra lengua mater-

¹⁶ Pedreira, Antonio S.: *Insularismo*, p. 207-208.

¹⁷ *Obra citada*, p. 208.

¹⁸ *Obra citada*, p. 102.

na no puede partear anhelos superiores en la muchachez, porque en los años en que la ocasión le es propicia, la otra se interpone monopolizando el tráfico por las asignaturas. Así vamos perdiendo la dimensión más expresiva de la cultura: la profundidad.¹⁹

No nos extraña, pues, que confrontados con esta situación, y teniendo tan limitadas perspectivas, los hombres alertas de esta generación se empeñen en explicarse en forma adecuada para ellos mismos esta confusa situación, recurriendo tan a menudo al tipo de las interpretaciones históricas o histórico-literarias. Estas le permitían penetrar hasta la raigambre misma de su ser histórico.

Es interesante observar de paso que las obras históricas que se publican son interpretaciones de historia empírica. *Prontuario histórico de Puerto Rico*, de Tomás Blanco, por ejemplo, tiene, según su autor, el propósito manifiesto de ayudarlo a "explicarse" para sí mismo "la formación de nuestro pueblo".²⁰

Curioso podría parecer de momento que quienes tan competentemente produjeron este tipo de trabajos, no se hayan detenido también a teorizar sobre la historia. Sin embargo, nos parece que esto tiene una explicación lógica y bastante obvia.

Al efecto, conviene no olvidar que nos encontramos ante un pueblo que en esos momentos se enfrenta no sólo con la difícil tarea de precisar su propia expresión espiritual, sino también de hacerle frente de inmediato a problemas vitales muy concretos, de los cuales depende su existencia. Con el agravante de que Puerto Rico es un pueblo, como dice Tomás Blanco:

con caracteres regionales bien definidos, recursos modestos pero suficientes si se administran en provecho de su población; vitalidad más que suficiente si se le dirige por cauces apropiados, y hasta, quizás, con alguna misión histórica que cumplir... Pero vive desorganizado por los males económicos y morales, inherentes al colonialismo; mediatizado por normas ajenas, muchas veces antagónicas a la realidad isleña; desorientado por falta de esperanzas concretas, inmediatamente asequibles, en que puedan tener fe; incapacitado por sometimiento de su voluntad a un grupo de intereses extraños que ni siquiera representan los más altos intereses del pueblo que le domina.²¹

Nos parece natural, pues, que confrontados con la necesidad de solucionar estos problemas tan vitalmente concretos, estos escritores

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ Blanco, Tomás: *Prontuario histórico de Puerto Rico* (San Juan, Biblioteca de Autores Puertorriqueños. Segunda edición, 1941), p. 1.

²¹ Blanco Tomás: *Prontuario histórico de Puerto Rico*, p. 146.

encaucen sus energías hacia la interpretación de la realidad histórica empírica.

En circunstancias semejantes no hay ni el tiempo de ocio ni el ánimo recoleto necesario para la investigación teórica. Urge encararse directamente con los problemas, zambullir en el pasado para hacer examen de las fuentes y acopio de documentos históricos, etc. Urge, sobre todo, esa interpretación vital que consciente o inconscientemente se persigue con el fin de obtener sostén espiritual. —La interpretación de los problemas teóricos por lo general aparece después de superadas estas circunstancias.

Antes de fijarnos tarea de futuro, nuestro presente debe indagar en el pasado la capacidad con que podemos contar para realizarla,²²

advierte Pedreira en *Insularismo*.

Espiguemos, pues, siquiera algunas de las ideas históricas básicas que se desprenden de la obra de esta generación. Veamos si a través de ellas podemos hacernos cargo, aunque sólo sea superficialmente, de algunas de las ideas sobre el hombre y el mundo que orientaron su empresa.

Comencemos con las palabras con que Tomás Blanco inicia su *Prontuario histórico de Puerto Rico*, publicado en 1934:

El propósito que me indujo a redactar este cuaderno no fue sino el *deseo de explicarme*, mediante un intento de síntesis, *la formación de nuestro pueblo*.²³

Obsérvese que lo subrayado sugiere la siguiente situación:

- (a) El escritor vive en un medio social al que es evidente que se siente simpáticamente atraído, y en el que desea radicar.
- (b) Por alguna razón, ese medio no responde a lo que supone el escritor que debería responder.
- (c) Esta situación le resulta insufrible.
- (d) Manifiesta inconformidad con la mencionada situación.
- (e) El escritor siente a manera de un imperativo categórico que le mueve a buscar explicación para la misma.
- (f) Tiene conciencia de que la situación que le preocupa no constituye sólo una perturbación subjetiva particular, sabe que afecta a otros seres humanos. Por lo menos, así lo *supone*, cuando en un párrafo posterior añade que presenta su trabajo a sus paisanos:

²² Pedreira, Antonio S.: *Insularismo*, p. 211.

²³ Blanco, Tomás: *Prontuario histórico de Puerto Rico*, p. 1. Subrayado nuestro.

Para que el eco, benévolo o adverso, que entre ellos le sea dable despertar, preste algún matiz social a mi entretenido pasatiempo.²⁴

(g) Tras de esta actividad hay algo más que un mero "entretenido pasatiempo", como le llama Blanco. Hay una preocupación social y cultural, según se comprende en lo que luego añade:

podría ser que este guión sirva, quizás de nuevo incentivo a los que en Puerto Rico se interesan por tales cosas.²⁵

(h) De esto se colige que hay otros en Puerto Rico que se interesan en este mismo tipo de "pasatiempo".

Y, si éstos, como él mismo advierte, por tener "mayores medios o mejores dotes", son capaces de hacer una "síntesis más justa que la presente",²⁶ etc., desde luego, no son nada despreciables. Veamos, pues, qué tienen que decirnos.

De la consideración de la obra de los escritores de la generación del '30 se desprende que juzgan que para entender a cabalidad la historia presente, es preciso estudiar el pasado, porque reconocen que la identidad de un pueblo radica y se apoya en su pasado. Por eso es que estiman que el pasado es algo a lo que no se le puede dar la espalda, ni se puede dejar perder.

Y, ¿qué es lo que entienden por el pasado? Aunque no lo pongan en tantas palabras, parece claro que distinguen entre *lo pasado* y *el pasado*.

Lo pasado es todo lo ocurrido al hombre. Este concepto conlleva una enorme carga de cosa inerte, muerta.

El pasado, en cambio, está constituido sólo por

Aquellas proyecciones del espíritu... que por virtud de permanencia vital rozan el espíritu del presente.²⁷

En otras palabras, está constituido sólo por aquellos elementos de *lo pasado* que *previenen*.

Que así lo conciben puede ser comprobado por el hecho de que pudieron haber sucumbido al pesimismo y haber concebido a Puerto Rico como destierro de la historia. En cambio, no sólo no lo hicieron así, sino que se manifestaron conscientes de la responsabilidad como

²⁴ *Obra citada*, p. 1-2.

²⁵ *Obra citada*, p. 2.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Revista Índice*. Año I, número 5, 1929, p. 67. Subrayado nuestro.

entes históricos activos y asumieron que el puertorriqueño debía, en la medida de sus fuerzas, contribuir a hacer su historia, y no limitarse a ser sólo un espectador pasivo de la misma. A este efecto dice Pedreira:

Hay que aspirar con limpieza a la acción envolvente y contaminadora; tirotear el proyectismo y empujados por reacciones cimeras entrar a saco en la zona de cumplimientos con la esperanza de punta. El toque está en exigir de todos nosotros, la aportación precisa para que cada finalidad se convierta en obra y cada esperanza en historia.²⁸

Por eso, a pesar de las condiciones moral y espiritualmente deprimentes en que sabemos se debatió esta generación, no asumió una actitud apocalíptica, sino esperanzada. Ya en 1929 el propio Zeno Gandía —a quien generalmente se tilda de pesimista—, y en el mismo artículo de la *Revista Índice* arriba citado, decía:

Pero hay reacción. Surgen a veces llamaradas de un fuego latente, esfuerzos de buen rumbo; aleteos que acaso conduzcan a nuestra materna isla a mejor porvenir.²⁹

Y Pedreira, que tan acre y duramente enjuicia a los puertorriqueños para que reaccionen asumiendo sus responsabilidades como pueblo histórico, advierte: "La amargura que pueda destilar este ensayo va saturada de esperanzas de renovación".³⁰

Hay, pues, aquí, una conciencia no sólo plenamente despierta a las limitaciones del ambiente, sino dispuesta a superarlas.

Por eso es que encontramos que estos hombres no aceptan incondicionalmente las presiones del medio social y cultural en que se debaten. Por el contrario, se encaran con éste, lo investigan y lo discuten desde ese mismo ámbito. En la columna *Aterrizajes* de la *Revista Índice* de 13 de diciembre de 1929, ya se comenta lo siguiente:

Conviene a nuestro pueblo volver ocasionalmente hacia adentro la curiosidad inquisidora que proyecta de continuo hacia afuera.³¹

Sin duda fue también por eso que manifestaron una reacción general contra el determinismo histórico o geográfico "implacable y ciego", que pudo imperar en la literatura de otros momentos anteriores.

Conviene aclarar, no obstante, que no implicamos con esto que

²⁸ Pedreira, Antonio S.: *Insularismo*, p. 218.

²⁹ Véase nota 15 ante.

³⁰ Pedreira, Antonio S.: *Insularismo*, p. 12.

³¹ *Revista Índice*. Año 1, número 9, p. 131.

hayan sido los primeros a rebelarse contra el espíritu conformista que fomenta aquella concepción histórica. Con similares ansias de renovación se habían alzado ya varios movimientos literarios experimentalistas de la segunda década del xx.³²

Es bueno tener presente que al volver aquellos escritores sobre el pasado, lo hacen con ademán vigilante, conscientes de la trascendencia de su acción, y no en actitud de mera emulación provincialista regresiva, ni como mera nostalgia por lo perdido.

“Volver atrás es inútil”, dice Pedreira.

La movilidad del espíritu no admite regresiones y a cada momento se sacude de las cenizas del pasado, sin apagar por esto las brasas encendidas, a cuyo rescoldo se empiezan a dorar los panes del presente.³³

Sabemos que no van al pasado para escarnecerlo, tampoco para liquidarlo, pues no lo conciben como un catálogo de errores, o calamidades, ni como cosa muerta.

Mas si volver atrás es imposible, añade Pedreira, es de todo punto baldío ir hacia el porvenir renegando de nuestra herencia y lo que es peor, desconociendo el arrastre histórico en cuyo cauce han desembocado los mejores tributarios de nuestro pueblo.³⁴

Tampoco van al pasado para sometérsele incondicionalmente, por presión de su autoridad:

No hay que poner pretensiones lisiadas a las transformaciones necesarias, pues cada época desplaza sus propios problemas y hace a la cultura las preguntas que sólo con nuevas creaciones puede contestar.³⁵

La vuelta al pasado tampoco equivale a mera fuga del presente, sino a una voluntad de afincar reales en la tradición hispánica, pero en la *tradición hispánica viva*. Y si recurren a ella no es en un sentimental arranque romántico, sino para establecer la reinstauración de

³² Desde 1925, por ejemplo, en el manifiesto del *Noísmo* los poetas e intelectuales que lo crearon, clamaron

contra ese espantoso sistema social
que atrofia las iniciativas y enerva
los talentos; contra el utilitarismo
y la moral puritana.

Publicado en *El Imparcial*, 17 de octubre de 1925.

³³ Pedreira, Antonio S.: *Insularismo*, p. 210.

³⁴ *Obra citada*, p. 211.

³⁵ *Obra citada*, p. 210.

la vida presente en aquella otra que estiman ser su *realidad*, la *originaria*, la *básica*; aquella en que radica su identidad como pueblo histórico, porque es la que les dio la lengua.

Cada pueblo lleva en su lengua el alma de una raza y el espíritu de su religión. En el rico pentagrama de la lengua española Puerto Rico tiene también su nota.³⁶

Así se expresa Pedreira, quien, como los otros miembros de su generación, conciben la lengua como la gran atalaya del espíritu y la guardiana de la identidad nacional.

El lenguaje es como un arca depositaria de la sustantividad de un pueblo,

dice Pedreira y luego añade:

Del continuo batirse a ritmo de los días van surgiendo con las necesidades espirituales vocablos, giros y sentencias contentivas de una heroica posición frente a la vida.³⁷

Géigel Polanco también expresa esta convicción con claridad:

El idioma vernáculo no es sólo el vehículo indispensable, sino el más firme sostén de la cultura literaria. Es la cultura misma en sus más logrados valores de expresión. La cultura no es el mero conocimiento, ni es simple información. Cala más hondo en la realidad anímica de hombres y pueblos.³⁸

³⁶ *Obra citada*, p. 200. Con relación a este punto de la lengua parecería satisfacerles lo que dice Vossler respecto a

cómo cada pueblo posee en su idioma una "concepción del mundo" propia, o mejor dicho, cómo cada pueblo desarrolla posibilidades ideológicas, y cómo en su lengua, y mediante su lengua, las naciones despliegan sus peculiaridades en parentescos e intercambios vivos, y en el seno de los lenguajes anima una especie de destino, una callada tendencia y una suave inclinación a pensar de este o del otro modo.

Vossler, Karl: *Espíritu y cultura en el lenguaje*. Madrid: Editorial Cultura Hispánica (Trad. Aurelio Fuentes Rojo). 1959, p. 154.

³⁷ Pedreira, Antonio S.: *Insularismo*, p. 201.

³⁸ Géigel Polanco, Vicente: *El despertar de un pueblo*, p. 138.

Lo que mueve a estos hombres al pasado, por lo tanto, no es sólo la voluntad de sobrevivir, sino la de vivir más plenamente el presente, renovándose.

Y, ¿esto no es acaso contradictorio? ¿Cómo debe entenderse esa afirmación? No es contradictorio, aunque sea paradójico. Es que han comprendido que la renovación no llega sólo mediante la incorporación de pensamiento nuevo, sino que también puede venir a través de la reincorporación en el presente de aquellos elementos del pasado que previven y que inclusive pueden proyectarse hacia el porvenir.

Este nos parece ser el sentido del pasaje de la *Revista Indice* en que manifiestan que su finalidad es llevar a cabo no sólo:

Revisión de opiniones; torturas reflexivas y fértiles; análisis atento a todas las corrientes del pensamiento nuevo,³⁹

sino indudablemente fomentar:

azoramiento mental que con recelo inquisitivo nos lleva a las entrañas del pasado, buscando orientación y sentido para nuestro itinerario hacia el porvenir.⁴⁰

En otras palabras, reconocen que *renovación* no implica automática negación del pasado, ni desautorización de su imperio allí donde se manifiesta válidamente, como ocurre cuando viene a revitalizar el presente.

En este punto resulta iluminador recordar—como ya lo han hecho algunos críticos e historiadores de nuestras letras⁴¹— la revisión del concepto de la tradición que hacen estos escritores.

Tradición es, desde luego, esencialmente entrega. Pero no entrega de todo lo *pasado* pues, como ya señaláramos, éste arrastra siempre peso muerto que circunscribe y asfixia al espíritu. Eso no es tradición. Lo es sólo aquella sustancia del *pasado* que al pervivir, *revitaliza* al presente.

Vuelven al pasado, para revisarlo y re-pensarlo, para re-crearlo y re-asumirlo en lo que tiene de realidad originaria *fundamentalmente*. Conciben la historia como un universo en crecimiento paulatino, pero dinámico.

“Los acontecimientos de importancia”, dice Tomás Blanco,

no se improvisan y surgen teatralmente dentro del marco exclusivo de una medida arbitraria de tiempo, sino que van incubando paulatinamente

³⁹ *Revista Indice*, Año 1, número 2, 13 de mayo de 1929, p. 17.

⁴⁰ *Revista citada*, año y número citados, p. citada.

⁴¹ Véase nota 1, *ante*.

hasta alcanzar relieve notable en determinada época y a favor de circunstancias concurrentes.⁴²

Ya hemos hecho notar antes que estos escritores entienden que para comprender la historia presente hay que estudiar el pasado; asimismo que tienen conciencia de que el estudio del pasado se hace desde el presente⁴³ y que este viaje de uno a otro tiempo afecta a ambos. Debemos añadir ahora que también intuyen ya que el presente será comprendido y en buena medida garantizado sólo si se proyecta hacia el futuro como una realidad en proceso.

También hemos visto ya por un pasaje de Pedreira citado anteriormente,⁴⁴ que no creen en el proyectismo entendido como práctica de empujar hacia mañana lo que se debe encarar hoy. Pero evidentemente creen en la validez de la práctica de formular proyectos dirigidos a orientar el porvenir. Así pues, no se limitan a buscar el sentido de nuestra realidad pasada y presente, también se preocupan por conjeturar los posibles horizontes de nuestra vida histórica porvenir para planificarla en la medida de lo posible. Para ellos el ente histórico está constituido por su devenir también, en el que incluyen sus posibilidades futuras.

Lo que hay en el fondo de este movimiento que persigue la renovación revitalizadora no es una reacción romántica, como pudiera sospecharse, sino por el contrario, una toma de posición pragmática. Sencillamente se hacen cargo de que en la coyuntura histórica que viven, es forzoso no sólo hacer revisiones, sino rectificaciones y aun reajustes fundamentales para tener un asidero histórico firme y así poder vivir a la altura de la época que les exige precisar su definición como pueblo. Saben que de no hacer este esfuerzo pueden caer fatalmente en un proceso hibridizador. Nos parece que es el reconocimiento de aquella necesidad la que fomenta el desarrollo del espíritu pragmático.

En su número de 23 de abril de 1929, *Indice* advierte que:

cultivará el coeficiente de utilidad con preferencia a la actitud sorprendente... Renunciará a ser rara en el menos ambicioso deseo de ser provechosa...⁴⁵

⁴² Blanco, Tomás: *Prontuario histórico de Puerto Rico*, p. 3. Subrayado nuestro.

⁴³ Con esto no se implica, desde luego, que el pasado se debe interpretar como conviene caprichosamente al presente. Sencillamente se reconoce que, no importa el celo objetivo con el cual el historiador vaya al pasado, no puede dejar de ser hombre de su momento. Véase nota 35 *ante*.

⁴⁴ Véase nota 38 *ante*.

⁴⁵ *Revista Indice*. Año I, número 1, p. 1.

Es cierto que esta posición pragmática pudiera decirse acentuada por la influencia norteamericana, pero la verdad es que no surge con ésta. Ya se manifestaba aquí desde antes del '98. No hay que olvidar que otro tanto ocurrió en España, según podemos constatarlo entre otros documentos, por un escrito de don Julián Sanz del Río en que, al dar cuenta de las razones que motivaron su importación del Kraussismo a España para renovar el sistema educativo, no señaló que lo hubiera hecho por ser, entre todos los sistemas filosóficos de entonces el más verdadero, sino el "más susceptible de aplicación práctica".⁴⁶

Debe observarse, no obstante, que a pesar de que estos escritores se valen inclusive del término *utilidad*, no limitan el sentido de éste a la búsqueda de valores materiales, como puede comprobarse del pasaje de la *Revista Indice* que sigue inmediatamente al que acabamos de citar y en el que se añade:

Para nosotros hay más valor en los motivos de preocupación investigadora que en los motivos de admiración.⁴⁷

El hombre puertorriqueño al que se refieren estos escritores no es el *yo trascendente* Kantiano, no es una abstracción, sino por el contrario, el hombre de *carne y hueso* que preocupa a Unamuno. Ese que enhebra sus afanes desde una perspectiva de espacio y tiempo que se llama Puerto Rico y desde la cual lleva a cabo su revisión de valores e ideales. Hay aquí, pues, una conciencia perspectivista de la realidad histórica. Y ésta se manifiesta en una búsqueda de las raíces nacionales; en una voluntad de afirmación de lo propio, pero no en actitud de enclaustramiento.

No hay que buscar el mundo caminando hacia afuera, sino hacia adentro, en dirección al pecho.⁴⁸

muy bien dice Pedreira; pero añade en seguida:

debemos recordar también—lo cité antes— que el camino más corto para encontrarse a sí mismo le da la vuelta al mundo. Lo universal, esa abstracción que por ser tan común no vive en parte alguna, no puede estar reñido con lo nacional.⁴⁹

⁴⁶ Citado por Julián Marías en *Obras*. Madrid: *Revista de Occidente*, Vol. IV, 1959, p. 473.

⁴⁷ *Revista Indice*, Año I, número 1, p. 1.

⁴⁸ Pedreira, Antonio S.: *Insularismo*, p. 71.

⁴⁹ *Obra citada*, lugar citado.

Es interesante notar que no hay aquí un nacionalismo estrecho y miope, sino uno bien atemperado por una preocupación de ancho aliento universalista.

Y quizá tal vez sea aún más significativo observar que la literatura que crea y el concepto de la historia que manifiesta esta generación reflejan una conciencia de crisis, pero no de fracaso.

Habida cuenta de las peripecias históricas que ha sufrido este pueblo, es natural que los escritores de la generación del '30 no podían responder a un concepto de evolución espontánea a la manera de Comte; tampoco a un concepto de progreso ascensional *ininterrumpido*, a la manera de Condorcet. Expresan, no obstante, convicción en el progreso, pero por aquel que se manifiesta paulatinamente a través de la intervención consciente del hombre.

Para ellos la vida histórica es *empresa* para la cual hay que abogetar conscientemente los caminos a ser recorridos. Saben, como afirma Géigel Polanco:

que los hados no han de resolver nuestro problema; que la reconstrucción moral de Puerto Rico ha de ser obra de nuestro esfuerzo.⁵⁰

Claro está que los hombres de esta generación no resolvieron nuestros problemas; no nos dieron una filosofía para la vida, ni nos trazaron un itinerario político definitivo. Lo que es más, algunos, envueltos en la carrera política, parecen haberle dado la espalda a aquella voluntad de afirmación nacional.

Pero, ¿es menester que nos hubieran hecho ese concreto legado para que reconozcamos que, no obstante las fallas convenidas, ha sido esta generación, como tal, la que nos hizo conscientes de la necesidad de librarnos de la mentalidad colonial, y la que gestionó —aunque no lo haya logrado— aquella máxima expresión de la libertad que se manifiesta a través de la actividad dialogante?

“Destruyamos la mentalidad colonial con un generoso concepto de la vida libre”, dice Vicente Géigel Polanco.⁵¹

Nos parece que esto ya constituye una verdadera aportación, que nos coloca dentro del espíritu de la filosofía de la historia contemporánea. Pues, lo que urgía ayer y urge todavía hoy no es tanto tener ya las soluciones a nuestros problemas históricos, como ser conscientes de la situación problemática de nuestro pueblo y evitar quedar tartamudos por descuido de la lengua, o caer en la inercia asfixiante del dejar hacer a otros lo que sólo a nosotros corresponde hacer.

⁵⁰ Géigel Polanco, Vicente: *El despertar de un pueblo*, p. 52.

⁵¹ *Obra citada*, p. 58.